SOCIEDAD DE CONSUMO - Esclavo del tecnicolor.

Sebastián Celtigar

Image not found.

Capítulo 1

Hoy por la mañana me di unas vueltas por el centro de mi ciudad, tratando de buscar el regalo perfecto para mi sobrino. Había pensado en algún juego de PlayStation, la típica violencia gráfica, adornada con nombres asiáticos y poderes que emergen desde la cultura de oriente. Era algo tan sencillo, pero resulta que estaba agotado en cada una de las tiendas que visitaba. Algo que podría haberme demorado treinta minutos, término siendo una odisea: más de cinco horas buscando.

Cuando mi mente dejaba de pensar en el regalo de mi sobrino, observaba mi entorno: veía el caminar de las demás personas, sus pasos eran acelerados y dejaban los pies en la calle buscando el regalo perfecto. Habían otros que sus caras los delataban: estaban cansados de buscar, de acarrear bolsas y soportar el calor veraniego de Santiago de Chile. Sus caras pedían a gritos un poco de espacio entre la multitud, un viento fresco que los ayudara a relajarse, y un agüita mineral que los hidratara por unos cuantos minutos en el descanso de la eterna búsqueda.

En la pesquisa del regalo, pude darme cuenta como es la desigualdad, en la feria navideña tienes cientos de haitianos cargados de bolsas de plásticos que venden por mil pesos, son mujeres negras que están paradas en medio del gentío, que con su hablar bajo y un idioma en construcción, tratan de vender productos que ni siquiera son de ellas. Luego están los feriantes, instalados con sus puestos vendiendo la última tendencia en juguetes,(imitaciones traídas desde el mercado chino) y vendiendo la última tecnología que trajeron los gringos. Estos vendedores son los más canallas, sus puestos pueden están repletos de personas que se pelean por la oferta, pero anda a preguntarles cómo les ha ido con su venta de productos en el día de hoy, solo escucharas un quejido lastimoso, *"han estado malas las ventas, la gente ya no compra",* mentiras disfrazadas de ambición, el inconformismo del comerciante, siempre siente que puede vender más. Y por último estamos nosotros, las ovejas que caminos en línea recta, fuerte y derecho en medio del comercio, en medio de los pendones que promocionan ofertas, en medio de las luces de neón que alumbran la tienda internacional, en medio de los micrófonos que te seducen a entrar a en una tienda X para que compres cualquier cosa innecesaria que supuestamente esta en "oferta exclusiva y solo por hoy".

Así voy caminando y observando, mirando los pasos del que va adelante mío, somos tan solo ovejitas que caminan en la pradera de cemento, sin entender realmente lo que estamos haciendo, ¿estamos comprando' ¿nos están vendiendo? ¿Nos están obligando a comprar o somos nosotros que, sumisamente nos vendimos a lo que se conoce como tradición? Quiero

pensar que me vendí a la tradición, prefiero venderme al sistema, entregarle mi dinero al sistema de turno, para así no ser el amargado de la familia, para así no ser el típico "weon cagado" o el tipo tacaño que no quiere desembolsar unos pesos en su familia. La verdad es que eso no me molesta, gastar dinero en quienes me aman, el problema es que no somos capaces de cuestionar lo que estamos haciendo. Pocos son capaces de detenerse y darse cuenta que esto no debiese ser así. Una fiesta religiosa que anuncia el nacimiento de un profeta, es convertido en una fiesta del dinero, esa es la verdadera religión: el dinero.

Cuando me di cuenta que en la feria navideña no encontraría lo que estaba buscando, decidí ir al mall. La iglesia del dinero, así la llamo, llena de devotos que se amontonan en filas enormes para demostrar su fidelidad en los altares: la caja de pago. Sí, puede parecer que estoy exagerando, como se me puede ocurrir comparar la iglesia con un mall, pero lamentablemente así lo siento, en ambos lugares, existe un mundo disfrazado, de amores y fidelidad, pero que detrás de eso solo hay sumisión y obediencia. De verdad me cuesta tratar de explicar por qué siento que estos lugares son iguales, <<si están leyendo esto y lo sientes así, me gustaría saber en qué se parecen estos lugares desde tú punto de vista>>.

Ya para terminar esta corrida de pensamientos que emergieron de mi mente trastocada, recuerdo que cuando estaba en la fila para pagar por el juego de PlayStation, la señora de adelante había gastado una suma considerable de $500.000, la vendedora le pregunta "*¿en cuántas cuotas?"* a lo que la señora responde,- *en doce cuotas mijita-*, después firma la boleta, mira hacia atrás, y me dice con cara de vergüenza, - *la saco a doce cuotas, para así el próximo año me endeudo tranquila-*, a lo que yo solo respondí con una risa de medio filo, pero en mi interior solo pensaba <<porque hace eso señora, no es necesario comprar grandes regalos, no es necesario vivir todo un año amarrado a una casa comercial que hará lo imposible por estrujarle mensualmente los pocos pesos que recibe de su sueldo>>

Con esa sensación me quedo al último, en aquellos que compran y regalan para aparentar algo que no son, con aquellos que revientan sus tarjetas de crédito y viven acostumbrados a las deudas. Así es como cierro, la sociedad de consumo nos mostró que vivir endeudados no es algo malo, es simplemente otra forma de vivir…

Capítulo 2

Esclavo del tecnicolor

7:10 am suena la alarma anunciando la llegada de un nuevo día. Lo primero que se me viene a la cabeza es la negación y unas ganas enormes de seguir durmiendo. Pasan otros 10 minutos y la alarma vuelve a sonar, en ese momento comprendo que debo levantarme. Aquí tomo la primera pantalla de la cual soy prisionero, el celular. Todos los días lo primero que hago es desactivar la alama para luego revisar lo que ofrece el mundo de lo virtual. Me quedo unos quince minutos, mirando en un modo zombie, de arriba abajo, las nuevas publicaciones.

Como estoy solo en casa, necesito ruido, necesito escuchar voces, por eso enciendo el televisor y comienzo a ver las noticias, muchas de ellas no son nuevas para mí, las de mayor relevancia las vi en el muro de Facebook minutos atrás. Me ducho, me lavo los dientes, ordeno mis cosas del trabajo y tomo desayuno en compañía del televisor. Toda la rutina mañanera la hago mirando los noticieros y el matinal del canal nacional. Salgo de mi casa tipo 8:15 am para ir a tomar locomoción. En ese corto trayecto de mi casa al paradero, me gusta ir escuchando música en mi celular, no soy de los que camina mirando la pantalla, aún no he llegado a esos extremos.

Me quedo un rato en el paradero, esperando el microbús adecuado para llegar a mi trabajo. En el paradero la espera puede ser eterna, pero me resisto a sacar mi celular, prefiero matar el tiempo observado al resto de las personas.

Llega la micro y para sorpresa mía el chofer tiene un DVD portátil que reproduce videos de los años 80, me causa curiosidad. Diez años atrás el máximo distractor de un chofer era el ruido de la gente y la música de la radio. Pero eso cambió, él también es un esclavo de la pantalla tecnicolor, con un ojo va manejando y con el otro mirando videos musicales.

Cuando supero al chofer y su DVD portátil, me toca mirar a la gente que va en la micro, cada asiento es un mundo diferente. Cada persona es una red imaginaria de perfiles que no están en el aquí y en el ahora. Cada uno de ellos va sumergido en su propio mundo, ignorando a aquellas caras que comparten su miseria rutinaria. Los que van sentado son expertos en teclear, sus dos manos se mueven a un ritmo acelerado. Los que van de pie, solo se limitan a mirar las publicaciones, con su dedo tocan la pantalla de arriba abajo mirando y dándole like a alguna publicación que les llamo la atención. Todos van sometidos a los placeres que ofrece el celular, en

esto me incluyo, siento que al estar en la pantalla mi viaje se hace más corto, no me importa si voy de pie o sentado, me las arreglo para estar en el mundo virtual sea como sea.

Llego a mi trabajo a las 9:00 am, la sala del hospital está llena de gente esperando ser atendida, la sala de espera es un lugar denso, sumergido en una atmosfera de presión, en donde todas las dolencias de las personas se acumulan en un solo lugar. La mayoría de los pacientes deben esperar mínimo una hora para ser atendidos, y como es de costumbre, su espera se aminora en compañía del televisor. Aquel aparato esta encendido para distraer a los pacientes, les regala un poco de "diversión" que los ayuda a superar las largas esperas. Cada uno está pegado a la pantalla gigante, observando a los payasos egocéntricos que se hacen llamar animadores de tv. Les regalan sonrisas falsas y espontaneidad libreteada, estrategias que funcionan para vender productos de los auspiciadores del programa. La publicidad nos bombardea desde cada rincón de la televisión.

Saludo a mis compañeros de trabajo, muchos de ellos están en el mesón atendiendo dudas y consultas de las personas, algunos están escuchando la radio, otros tienen un televisor portátil debajo del mesón, no quieren dejar de ver la pantalla. Algunos funcionarios aprovechan cada minuto libre para sacar de su bolsillo el celular y mirar si ha pasado algo interesante con el resto del mundo.

Los café de media mañana suelen ser en compañía del celular. Extraño los momentos en cada uno de nosotros tomaba un café mirando los ojos de nuestros compañeros, compartiendo alegrías y penas, de la casa o del trabajo, daba lo mismo, lo importante era conversar, compartir. Hoy no somos más que animales pegados a la pantalla, no podemos hablar mirándonos a los ojos. De repente tengo un problema X y quiero hablarlo en ese momento, pero mi compañera está al servicio de la pantalla, y de vez en cuando gira su cabeza para mirarme y decirme lo políticamente correcto. No sé qué pasará en su mundo, pero de seguro es más interesante que escuchar los problemas de los demás.

Durante el día es lo mismo, atender gente y en los ratos libres mirar el celular, esa es la rutina. Cuando dispongo de más tiempo, me pego en el YouTube, la red social que cambio las reglas del juego, ya no bastan con mirar publicaciones y títulos de noticias, ahora existe el bombardeo de información inútil. Existen videos y tutoriales para todo tipo de cosas, al principio pensaba que esto estaba bien, que era un avance en la era de información, pero ahora que todo se ha masificado, la información se ve como una entretención. Hay días en que siento que he sido bombardeado de tanta información, ya sea desde mi celular o en los casos en los que trabajo, es tanta la información que no logro retenerla en mi mente. La información en la era de la tecnología es un arma de doble filo, en el momento de estar recibiéndola siento que estoy adquiriendo un nuevo

conocimiento, por muy estúpido que este sea, pero luego vuelvo a recibir información, una y otra vez, para que al final del día me sienta un completo ignorante, de nada sirvió toda la información sino logré retenerla. O quizás la información era tan innecesario que me mente la desechó de inmediato.

Mi trabajo por suerte tiene un tiempo dedicado a la gente, a mirarlos a los ojos y hablar con ellos, pero el resto del tiempo los gasto frente al computador de mi oficina. Una pantalla ordinaria que va visualizando cada uno de las ideas que voy escribiendo. Así me paso el día hablando y escribiendo frente al computador, por más que quiera alejarme de la pantalla, ella siempre vuelve a mí, quizás debería haber escogido alguna carrera relacionada a la artes, pero no lo creo, la era de la tecnologías se apodera de todas las ramas.

Luego de terminar mi jornada laboral, tomo locomoción colectiva. El servicio es más rápido y no dudo en pagar de más cuando estoy cansado. Una vez me subí a un taxi en que el chofer poseía tres pantallas, si ¡tres pantallas! fue tal el asombro que por un momento dude en seguir mi viaje junto a él, pero era un poco tarde y esperar otro taxi era tiempo perdido. Durante el viaje me di cuenta que un celular lo tenía para competir internet a su Tablet. Este último lo ocupaba para ver partidos nacionales. Y el otro celular lo tenía para recibir llamadas. Me dio rabia en su momento, porque el chofer llegaba tarde los semáforos, frenaba de golpe frente a un lomo de toro, y no lograba retener la información que le daban sus pasajeros. Me baje del taxi desganado, estaba triste por el actuar del chofer, y por otra parte, estaba una pasajera junto a su hijo, el cual no debe haber tenido más de 3 años, el niño pequeño iba pegado o mejor dicho, hipnotizado con los videos de la granja de los animales, sus ojitos infantiles en ningún momento se despegaban de las imágenes coloridas. Me impresionó que a su corta edad, ya sabía cómo manejar a la perfección el Tablet, *<<son otros tiempos, pensé>>*

Para finalizar mi día llego a mi casa, preparo algo de comer y me siento frente al televisor, una pantalla enorme full HD 4k que me costó bastante cara, pero era un lujo que quería darme. La enciendo y comienzo a ver lo que me ofrece el mundo de netflix. La sensación de comer con hambre y distraer la vista con alguna serie o película, es lo mejor que hay. Así van pasando las horas, capitulo tras capitulo, pegado frente al televisor. Cuando me canso, me voy a dormir, tomo mi celular, lo reviso por última vez y me duermo.

Estos son los días de las pantallas.

La idea de los grandes, aquellos que lo controlan todo, es que estemos distraídos, mirando estupideces que no nos sirven de nada. Es difícil entregar estas palabras si yo estoy dentro de este sistema. Pero al menos tengo la capacidad de dame cuenta que la sociedad de consumo en la que

vivo, está mal. Las pantallas están interfiriendo en nuestras relaciones sociales, haciéndonos creer que las verdaderas redes sociales, son aquellas personas que visitamos en los perfiles imaginarios. Pensamos que estamos conectados, pero verdaderamente nos estamos desconectado de lo realmente importante, de nosotros…